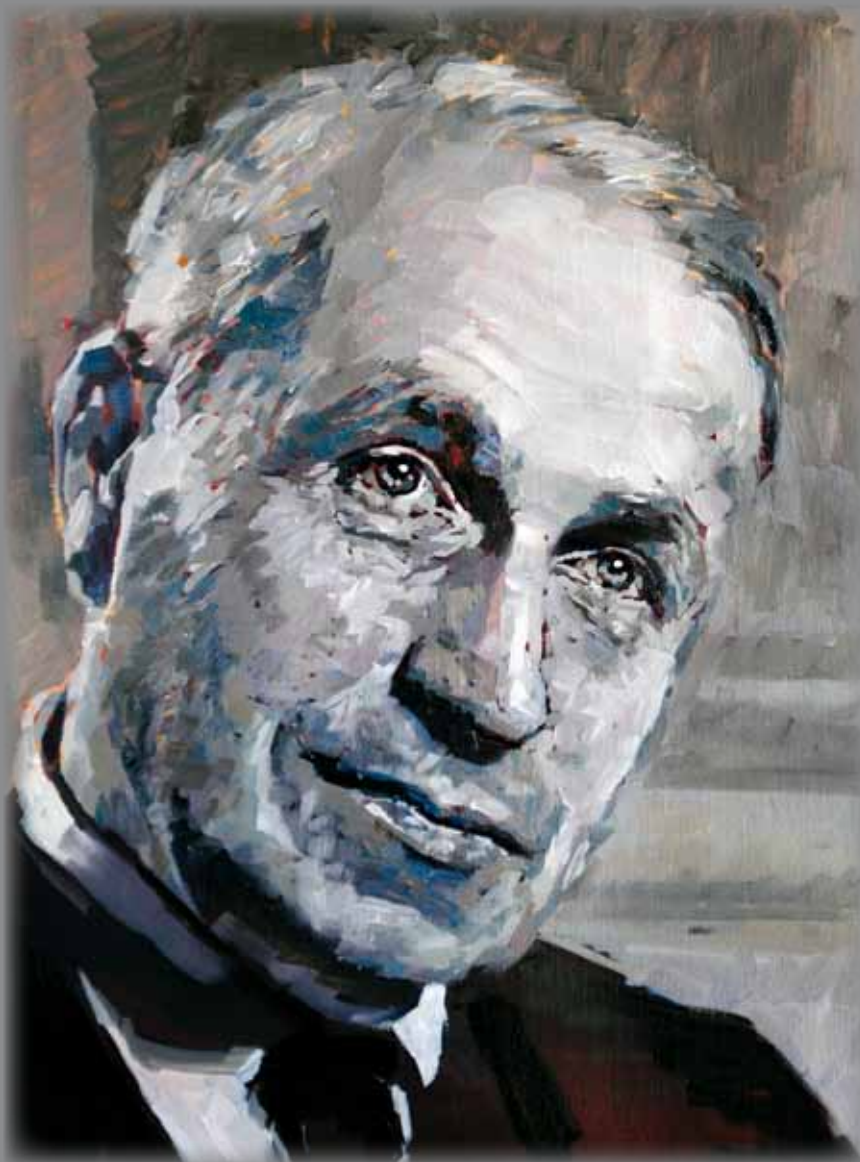


El bibliotecario perverso



Georges Bataille

Pocos intelectuales han indagado más a fondo en el problema del mal y la perversión que el francés Georges Bataille (1897-1962), obsesionado durante toda su vida por las capacidades del hombre para realizar el mal y la inclinación insoslayable a la realidad de la abyección. Él nunca se consideró un filósofo, sino un bibliotecario.

Su pensamiento es uno de los más profundos e impactantes de todo el siglo XX en toda Europa, que ha influido en los pensadores franceses y de otros países, posteriores, que han liderado la filosofía europea y occidental de la segunda mitad del siglo XX, como Michel Foucault, Maurice Blanchot, Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Philippe Sollers, Pierre Klossowski, Emmanuel Levinas, el grupo Tel Quel, Michel Leiris, Jean-Luc Nancy, Roberto Esposito o Giorgio Agambeno. Su vida ha sido referida como la gran parábola de la filosofía francesa del siglo XX, al considerar cómo la racionalidad humana, tan idolatrada por la sociedad gala desde la Revolución de 1789, debe ser puesta entre paréntesis para constatar la omnipresencia del componente animal e instintivo en el hombre.

Bataille descubrió su vocación bibliófila muy temprano, pues decidió realizar estudios de bibliotecología y archivística en la muy prestigiosa escuela de paleografía de la École des Chartres, de 1918 a 1922. Se interesó de modo especial por manuscritos, incunables y piezas de valor histórico que pudieran ser estudiadas, custodiadas e interpretadas correctamente. Su trabajo final de graduación fue una edición crítica de un relato medieval, *L'Ordre de chevalerie*, estudiado desde el punto de vista filológico, pero también desde todas las perspectivas ideológicas y críticas, fijando y reconstruyendo un texto del que había al menos ocho versiones diferentes. Sus conocimientos no se redujeron a lo relativo a libros y documentos antiguos, sino que fueron completados con una completa formación en historia medieval, filosofía clásica, filosofía y teología. De hecho, en algún momento pensó ser sacerdote, dada su formación católica, y se integró en el seminario, pero abandonó la fe hacia 1922. Después estudió en la Escuela de Estudios Hispánicos de Madrid hasta 1924, y a partir de entonces su vida laboral estuvo ligada a las bibliotecas, hasta el momento de su muerte. En la Biblioteca Nacional de París desempeñó los cargos de bibliotecario y medievalista desde el año de su vuelta a Francia hasta 1942. Allí se especializó sobre todo en temas de numismática, en los que llegó a ser uno de los mejores expertos del país. También allí se convirtió en el depositario de los manuscritos de Walter Benjamin, poco antes de que el pensador alemán se quitara la vida en la frontera francoespañola de Portbou, en plena guerra mundial.

Su trabajo en la biblioteca era mucho menos burocrático que científico. Apenas se dedicaba a labores cotidianas relacionadas con el servicio de materiales a los visitantes o usuarios, puesto que estaba mucho más ligada a la conservación de documentos valiosos y el estudio de los ricos materiales, a veces no clasificados todavía, de la Biblioteca Nacional. Más tarde se trasladó a la de Carpentras, desde 1949 hasta 1951, después de siete años alejado del

mundo laboral por una grave afección pulmonar. Ese último año fue nombrado conservador y director de la Biblioteca Municipal de Orléans, donde se mantuvo en el cargo hasta 1962, cuando fue recuperado para la Nacional de París. Sin embargo, no llegó a incorporarse de nuevo a la primera biblioteca francesa porque falleció antes de ocupar su nuevo puesto en la que había sido testigo de su primera experiencia laboral.

Bataille nunca fue un gran gestor. Su amor a las bibliotecas era más bien extensión de su preocupación por el mundo intelectual y literario. Su interés abarcaba todas las ciencias humanas, en especial la antropología y la sociología. Por eso, estaba siempre especialmente atento a las secciones de la biblioteca que recibían los libros sobre esas materias, y solía leer todo lo que llegaba a aquellos predios. Muchas de las horas que pasaba en los recintos bibliotecarios los dedicaba a extraer ideas de los libros que más le interesaban. Por eso, en la época en que fue funcionario de bibliotecas, publicó la mayor parte de sus ensayos, además de sus novelas y sus libros de poemas. La obra de Bataille fue muy extensa, y no es fácil pensar que toda su producción literaria e intelectual hubiera sido escrita en horas de asueto, fines de semana o periodos vacacionales. Su primer y muy polémico libro, *Historia de un ojo*, data de 1928, cuando llevaba pocos años trabajando en la Nacional, y debió de resultar un escándalo para sus compañeros de trabajo y en general para todo el

*Bataille fue el gran rival
intelectual de Breton,
prestigiado por su labor
de investigación filológica,
histórica y antropológica en la
Biblioteca Nacional de París.*

público culto francés del momento, que quizá estaba acostumbrado a las excentricidades de poetas, pintores y surrealistas en general, pero no de funcionarios de bibliotecas, a los que se consideraba, en general, bienpensantes. La polémica nace porque no se trata de un ojo cualquiera, sino el del culo, y el seudónimo con el que lo firmó, Lord Auch, significa, literalmente, Lord “a la mierda”. Si pasamos al contenido del relato encontraremos una cantidad nada despreciable de perversiones de todo tipo y provocaciones a la sociedad, la conducta humana y la religión.

Ahora bien, en ese primer libro, el exceso estaba aliviado por la frescura de la juventud. Conforme se iba adentrando en los años de madurez, las novelas de Bataille se fueron llenando de posos más agrios de maldad y perversión, como si no existiera otra posibilidad para el ser humano. *El azul del cielo* (1935, publicada en 1957), *Madame Edwarda* (1937), *El cura C* (1950) y

Mi madre (póstuma, publicada en 1966) completan la pentagonía de la abyección de Bataille, en la que parece que no existe un resquicio para la consideración del ser humano como mezcla de bajas y altas pasiones, malos y buenos sentimientos, lo que resta profundidad y realismo a su sesgada visión de la naturaleza humana.

Además de su obra poética, reunida en el volumen *L'Archangelique*, de 1944, y que incide en las mismas obsesiones, es muy importante tener en cuenta el conjunto de sus ensayos. Tiene estudios sobre figuras clave de la literatura del mal, como Sade, Baudelaire, Kafka, Proust o Genet, algunos textos políticos

Su trabajo en la Biblioteca Nacional de París estaba muy ligado a la conservación de documentos valiosos y el estudio de los ricos materiales, a veces no clasificados todavía.

escritos en el momento de la ocupación alemana y, sobre todo, sus ensayos maduros, como la *Suma ateológica*, trilogía compuesta por *La experiencia interior* (1943), *El culpable* (1944) y *Sobre Nietzsche* (1945); y también *La parte maldita* (1947), *Teoría de la religión* (1948), *Lascaux o el nacimiento del arte* (1955), *Manet* (1955), *La literatura y el mal* (1957), *El erotismo* (1957) y *Las lágrimas de Eros* (1959). Como puede verse, bastantes de esos ensayos fueron publicados en los años en los que estuvo enfermo, durante la década de los cuarenta, pero es necesario admitir que muchas de las ideas, reflexiones, y los datos que allí se exponen, los fue compilando durante los años treinta, mientras trabajaba intensamente en la Biblioteca Nacional donde, como se observa, no solo estaba interesado en las obras antiguas, incunables y los manuscritos allí existentes, sobre todo de la época medieval, sino que su indagación sobre diversos aspectos del comportamiento humano y su naturaleza fueron también preocupaciones intensas en aquella época de bibliotecario.

De hecho, nada más comenzar su labor profesional ligada a la Biblioteca Nacional, en París, tomó contacto con algunos de los grupos intelectuales y artísticos más relevantes de aquella época, en la que París era el centro cultural, literario y artístico del mundo. A mitad de los años veinte tuvo relación con el surrealismo y con su principal propulsor, André Breton, con quien rivalizó por razones de liderazgo intelectual. Breton ya había tenido sus grandes disputas con Tristan Tzara quien, acuciado por la agonía del dadaísmo, había acudido a París para ingresar en el surrealismo y tratar de obtener mejores réditos que en sus años anteriores. Pero Breton se impuso a Tzara, y Bataille tampoco consiguió desbancar la primogenitura de Breton, quien

mantendría constantemente disputas con multitud de artistas e intelectuales por mantener una línea concreta del surrealismo. A mitad de los veinte, Bataille fue el gran rival intelectual de Breton, prestigiado por su labor de investigación filológica, histórica y antropológica en la Biblioteca Nacional. Desde su atalaya institucional, el bibliotecario perverso y contumaz se acercó al surrealismo de la mano de Michel Leiris, pero a la vez lo observaba como a distancia, criticando la vida insulsa y burguesa del movimiento y de sus correligionarios. Por ello, una vez que se acercó a sus piezas claves, comenzó a singularizarse por el tono subido de sus insultos y su desparpajo al dar la vuelta a ciertas ideas y costumbres de la religión. Rechazó las provocaciones gratuitas y postizas del surrealismo y reprochó a Breton su voluntarismo, la dictadura intelectual, el moralismo y el puritanismo que lo alejaban de la verdadera perversión. En 1929 creó la revista *Documents*, ligada tanto a la actividad intelectual como a los evidentes intereses de bibliotecario, como bien indica el título, y en ella introdujo a todos aquellos que se escindieron del surrealismo cuando, en una de sus múltiples crisis, comenzó la disolución de la vanguardia más influyente. Desnos, el mismo Leiris, Vitrac y otros siguieron la estela del bibliotecario y abandonaron al iluminado.

Pero sus mejores años fueron los treinta. Creó una organización antifascista, *Contraataque*, en la que sus miembros debían mostrar, de un modo paradójico, una fascinación clara por la violencia, la disciplina y el fanatismo, elementos propios del discurso fascista. Curiosamente, el movimiento surrealista entró en crisis a finales de los veinte porque muchos de sus seguidores habían abandonado el radicalismo de izquierdas y otros habían comenzado a dejarse iluminar por el fascismo. De hecho, el mismo Breton puso en jaque a la sociedad intelectual francesa contra ese grupo recién nacido, que había aprovechado el tirón intelectual del surrealismo, y se había declarado antifascista pero propugnaba ideas de corte fascista. Al calor de *Contraataque*, nació, de manos del bibliotecario, una nueva revista, *Acéphale*, cuyo símbolo era un hombre sin cabeza, que concretaba los presupuestos del grupo, haciendo desaparecer el interés por el comunismo, el marxismo, y comenzando una línea de cierto misticismo religioso.

Apoyado en esas teorías, cada vez más radicales, y en el relativo éxito que tuvieron sus iniciativas, Bataille fundó más adelante el Colegio de Sociología, que atraería a personajes tan diversos como Roger Caillois, Drieu La Rochelle o Henry de Montherlant. Con él quiso poner en marcha una especie de nueva religión, para recuperar una aristocracia del espíritu perdida en Francia, y que se encontraba, desde la Edad Media, en los grandes individualistas. El país debería aprender más del pasado medieval, de lo sagrado violento, de las fuerzas vitales y creadoras

del mito y de lo místico y religioso, en el sentido más espiritual. Inspirándose en sociedades primitivas, Bataille llegó incluso a pensar en la necesidad de hacer sacrificios humanos, que serían el modo de reconquistar la sociedad para el mundo del espíritu. También se ideó un tipo de certificado que se le expediría al sacrificador que debiera matar a otra persona para ingresar en la secta, para eximirle de cualquier responsabilidad civil y penal. Se cuenta que, en la ceremonia de inauguración del grupo, Bataille propuso que se realizara el primer sacrificio, para demostrar la complicidad de todos los asistentes, y que fueron muchos los que se ofrecieron para dejarse inmolar. Lo que no encontraron fue al que tuviera que levantar el cuchillo contra la víctima. Bataille no se atrevió, y cedió su protagonismo a Callois, que tampoco consideró oportuno poner en práctica semejante actividad. A esas reuniones, que se venían gestando desde la revista *Acéphale*, se les puso el marbete de “la conjura sagrada”, y generalmente se realizaban en un bosque cercano a París, en un claro donde había un roble quemado por un rayo. Los encuentros seguían el ritmo de las estaciones y sus miembros estaban obligados a seguir ciertos rituales como el rechazo del saludo a los antisemitas, la celebración de la muerte violenta de Luis XVI y la alegría ante la muerte. Era el puro espíritu acéfalo.



llos ímpetus juveniles que le llevaron a ser intransigente, contestatario, violento, malévolo, casi perverso. Este último Bataille es más escéptico, ha perdido el afán del polemista, el ímpetu del guerrero, el orgullo del que piensa que siempre tiene la razón. La época de la biblioteca de Orleáns, no tan cerca de la capital, fue una década de sosiego, o más bien de ausencia de desasosiego, donde el intelectual se puso a escribir, y trató temas menos polémicos, a menudo relacionados con el mundo del arte. De aquellos años ha quedado un testimonio de Mario Benedetti quien, en los últimos momentos de su larga vida, contemplaba al francés en su crepúsculo y justificaba su actitud ante la existencia:

Cuando Bataille, desde su Biblioteca de Orleáns, ha roto con todo usando el arma sensual de su pensamiento, no se resguarda; afronta con pasión su propia rotura, sin la que él andaría incompleto: autofagia, escepticismo que se condena en una sucesión infinita sin desechar la parálisis. «Nadie es sino un poder de abrir en uno mismo el vacío que le destruirá», nos espeta. Nosotros, desde nuestro sillón, compartimos esa *culpabilidad* de la existencia, pero sabemos que aún poseemos mecanismos de huida: la rutina termina siendo un cálido agujero donde abundan las justificaciones; la boba —pero eficaz— identificación de la muerte física con las muertes del pensamiento nos permite argumentar *sensatamente* sobre los inconvenientes del suicidio como si esa fuese la propuesta. Y el culto a la claridad, a la luz, a la sencillez simplona de nuestra civilización —la masa usando nuestra voz— viene de perlas cuando por fin queda claro que hablamos primero desde el tortuoso y reticular mundo del pensamiento, y ya no caben recursos al instinto de autoconservación.¹ ▴

Nota:

1. Mario Benedetti, “Georges Bataille, autófago”, Blog *El hilo invisible. Silencio y palabras*. 4 de junio de 2007.

AUTOR: Esteban, Ángel.

FOTOGRAFÍAS: 1.-<http://po1963.free.fr> ; 2.-www.lucadelbaldo.com.

TÍTULO: Georges Bataille, el bibliotecario perverso.

RESUMEN: Fue en 1918 cuando el escritor y filósofo francés Georges Bataille comenzó sus estudios de biblioteconomía y, desde 1924, su vida laboral estuvo ligada a las bibliotecas llegando a trabajar en varias de ellas. Mientras fue bibliotecario, Bataille publicó la mayor parte de sus ensayos, novelas y poemas, e incluso fundó revistas vinculadas al mundo bibliotecario y editó diarios escolares hasta el día de su muerte.

MATERIAS: Bataille, Georges / Autores Literarios / Bibliotecarios.